

CONGRESO BOLIVARIANO DE LOS PUEBLOS: UNA PROPUESTA DE ORGANIZACIÓN

Manuel F. Zárate P.

Preguntas clave para una propuesta

El primer aspecto que debe definirse es a qué *interés* obedece el esfuerzo de crear una organización de los pueblos del continente. Hablo del interés, como aquello que tiene significado o aquella exigencia históricamente creada que motiva al ser social a la acción individual o colectiva, independientemente de la conciencia alcanzada sobre el fenómeno. Definir este aspecto implica revelar los ejes que mueven al movimiento social y político continental en la coyuntura histórica.

El segundo aspecto es aclararnos en qué momento del desarrollo histórico mundial se está; qué es lo que está en crisis y qué cambios exige la agenda del movimiento popular para este momento.

El tercer bloque de preguntas es: Cuál es la frontera que separa el progreso del atraso en la confrontación actual de fuerzas. Qué fuerzas potenciales concurren a favor de los cambios revolucionarios planteados por el momento histórico, y cuáles son los principios que pueden articular a los distintos intereses y plataformas de tales fuerzas en un movimiento integrador; o en otras palabras, cuál es el material ideológico que puede darle coherencia a la diversidad.

Por último nos preguntamos: Cuál es la extensión espacial de las fuerzas que se desean organizar y qué estructura le conviene a este movimiento de fuerzas plurales, para cohesionarlo en la perspectiva de las transformaciones que exige nuestra América.

Algunas respuestas a las interrogantes

1) Para abordar el *interés*, creo no equivocarme al decir que éste nace de esa situación compleja y nubosa que agobia a nuestros países y pueblos, luego del cierre de la llamada “Guerra Fría”, cuando el mundo capitalista se corporatiza globalmente y la economía se desdobra en dos planos paralelos con dinámicas propias e incluso

direcciones opuestas: una, financiera, especulativa, digital, atemporal y altamente excluyente; y la otra, productiva y real, portadora de los verdaderos flujos de energía de la sociedad, pero dependiente de la primera. Cuando se pretende extender el sistema expoliador del mercado a todos los dominios de la vida social, gobernar el mundo con mano policíaca y uniformarlo culturalmente con valores excluyentes que riñen con la condición humana, mientras el péndulo de las decisiones se detiene sobre un megapoder con sede en Estados Unidos de América, el planeta se hace más íntegro a la vez que su desarrollo más desigual, las necesidades regionales y nacionales revisten singularidades nunca antes vistas y se forman nuevas condiciones para el desarrollo del conocimiento, que potencian la conciencia social de los pueblos del mundo.

Si leemos cualquier comunicado o documento de nuestros movimientos populares, se observa que una gran mayoría comienza por la denuncia del “neoliberalismo”, del FMI, del ALCA, el Plan Puebla-Panamá, el fascismo norteamericano, lo cual tiene buen sentido propagandista si tales temas se dotan de significados. Pero la sola denuncia no hace una revolución. Nuestros pueblos piden hoy más que esto en el interés de dar respuesta a sus problemas fundamentales; aspiran a comprender la causa de sus males —la gran parte de las veces sintetizada en limitadas consignas—, aspiran a escuchar y discutir las soluciones y, finalmente y sobre todo, a construir colectivamente *el proyecto y el instrumento* que los haga protagonistas del cambio.

Mucho hemos andado en este peregrinaje y mucho hemos aprendido de los zigzags de nuestra historia. Sin embargo, nos encontramos dispersos frente al momento que se vive, cuando la situación está exigiendo unión, programa y acción. Al proponerse que el Congreso Bolivariano de los Pueblos (CBP) sea un espacio de encuentro y coordinación de diferentes fuerzas políticas y sociales de América Latina y el Caribe (y agregaría Norteamérica), con la finalidad de construir el sueño bolivariano bajo la convicción de que *sólo en comunión será factible derrotar a enemigos tan poderosos como lo son las oligarquías nativas y el*

imperialismo, estoy convencido de que se está marchando en la dirección correcta del interés nacional y regional de nuestros pueblos, pero también, que ello no es suficiente para responder a las exigencias del interés planteado.

2) Respecto al momento histórico los marxistas nos hemos orientado siempre por el concepto de “época”, definida como de “transición del capitalismo al socialismo” en el período contemporáneo. En este sentido, si bien la época no ha cambiado, las transformaciones acontecidas en la última mitad del siglo pasado, especialmente la revolución científico-técnica, han producido cambios sustanciales en la sociedad, creando condiciones que dan motivo a afirmar que estamos frente a una “nueva etapa de la época contemporánea”.

Caracterizar esta etapa es de suma importancia para el movimiento continental. Naturalmente, no cabe aquí desglosar y analizar los pormenores de sus rasgos. Sin embargo, vale destacar que se asiste a un desarrollo sin precedente de las fuerzas productivas a escala global, bajo unas condiciones humanas objetivas de socialización de tal magnitud que eleva a una escala global la crisis estructural de las relaciones de producción capitalistas, sin retorno posible. En este contexto, la *interdependencia* planetaria aparece y se desarrolla como un fenómeno histórico-concreto; y si bien hoy está dominada por las relaciones asimétricas del capitalismo salvaje, no es menos cierto que representa la base objetiva más sólida del proceso de integración que anhelamos para nuestros países y pueblos, en un nuevo orden donde imperie la verdadera libertad, igualdad y solidaridad.

Otro aspecto es que por el nivel de desarrollo de la conciencia social actual —resultado sobre todo de los avances en las telecomunicaciones y la informática, que han trastocado la noción clásica del espacio y tiempo en las interacciones humanas y ampliado las capacidades y posibilidades del conocimiento—, y por el nivel logrado de socialización en la producción, no hay solución a los problemas actuales sin la participación directa y por igual de todos los actores sociales. Las soluciones a los problemas fundamentales en nuestros días se enmarcan dentro de los cánones de la transacción consensuada y no de las imposiciones unilaterales de elites, lo cual abre anchas avenidas para una nueva democracia de amplio contenido social y revolucionario. Vista la situación, podemos decir que por encima de todo espejismo creado por el neoconservadurismo internacional, asistimos a un mundo más progresista; y que la belicosidad imperial actual no es más que un signo de la desesperación, frente a su destino imparable hacia el abismo. Su cacareada “guerra preventiva”, nueva forma de terrorismo, ha tenido incluso que discriminar objetivos —dando paso a lo que hemos llamado la “paz caliente” —, pues ya no puede enfrentar globalmente, por la vía violenta, la crisis general de su propio sistema.



En América Latina, en donde tareas nacionales y sociales fundamentales quedaron inconclusas al ser derrotados los revolucionarios liberales del siglo XIX por las huestes de hacendados criollos y guerreros feudales, nos toca reconstruir el arco histórico liberador roto por esas oligarquías aliadas con el capitalismo imperialista, con el ajuste correspondiente a las nuevas realidades del mundo contemporáneo. Nos toca cumplir dichas tareas si en la práctica queremos avanzar; sólo que ahora, en circunstancias en que no existe ya la correlación de fuerzas configurada por la bipolaridad de dos sistemas, el capitalista y el socialista, su éxito lo garantizará el dominio de un Estado de profundo contenido social, en el que se combinen las estructuras democráticas representativas y directas en justo equilibrio, de forma que los cambios fundamentales de carácter nacional asuman una proyección social transformadora y revolucionaria. Hablo entonces de un Estado que no está dentro de los paradigmas tradicionales de las democracias popular, socialista y burguesa, pero que encuentra y ejecuta de forma efectiva y eficiente las soluciones al problema nacional, a partir de una sólida plataforma de transformaciones sociales contra lo históricamente nocivo y caduco de la sociedad. Hablo de un Estado nacional de las mayorías, de amplia convergencia y cohesionado socialmente, que abra camino a profundos cambios políticos, socioeconómicos y culturales de carácter anticapitalista y antiimperialista. Creo que el proceso bolivariano venezolano está sembrando pautas concretas en este sentido, y con ello está encendiendo una luz al final del túnel; porque la agenda liberadora de Nuestra América tiene en estos momentos en su punto principal la construcción de

nuevos Estados Nacionales, únicos que pueden llevar a feliz término, por su contenido policlasista, el sueño bolivariano de la liberación nacional y la integración regional.

3) Con estas premisas, es posible afirmar que algunos documentos aclaran la división que separa a las fuerzas de avanzada de las del atraso, sobre todo cuando plantean para el movimiento regional la lucha contra la pobreza, la desigualdad, la desocupación, la dependencia, el analfabetismo, las enfermedades, la enajenación, lo que sólo es posible mediante un modelo de desarrollo endógeno de amplio contenido humanista, en el que el crecimiento se hace distributivo, siendo factores importantes la horizontalización del capital, la inversión productiva y sostenible ambientalmente del plusvalor social, y el desarrollo de una economía multisectorial. La distribución se convierte en calidad de vida por cuanto se garantiza la seguridad alimentaria, el derecho a la salud, el derecho a la educación, a la vivienda, etcétera, y se potencian las oportunidades y fortalezas del mercado a partir de la potenciación del capital social, modelo que resulta opuesto a los patrones estériles ordenados por las famosas IFIS, con el final fatal que ya todos conocemos de miseria e ingobernabilidad para nuestras naciones.

El Presidente Chávez define con gran precisión las fuerzas que concurren en este proyecto, al hablar del protagonismo necesario de los pueblos en el esfuerzo por la integración.

Respecto a los principios para articular estas fuerzas, o sea, para forjar la unidad de la diversidad, América Latina ha producido desde Bolívar y Sucre hasta Allende y Torrijos, pasando por Martí, Juárez, Mariátegui, el Che y tantos más, un cúmulo de experiencias de las cuales han brotado las más elevadas ideas y valores para esta batalla. Este ideario vive en nuestros días como el mejor legado de nuestros pueblos. En este contexto, las tareas pendientes ponen en un primer plano el ideario del Libertador Simón Bolívar, cuyos valores y principios tienen la mayor vigencia para el momento. Entre ellos destacan su pensamiento sobre la independencia, la soberanía popular, la justicia social, la educación popular, la moral y la ley, la unidad cívico-militar y la integración latinoamericana, todos los cuales cobran significado muy concreto para las transformaciones que hoy invocamos. Este legado hay que ordenarlo y procesarlo para construir el árbol ideológico de las transformaciones planteadas, impostergable responsabilidad de la intelectualidad revolucionaria y de las elites pensantes, capaces de elevar a calidad de fruta fresca y con perspectiva de futuro aquella rica semilla sembrada sobre la fértil tierra americana.

4) En lo que concierne a la extensión del movimiento, consideramos que éste debe englobar a todos los pueblos de América. El norte también tiene un amplio movimiento democrático que crece día a día y establece estrechos

vínculos de solidaridad con el sur; y tiene pueblos que sufren las mismas calamidades que los nuestros, en el propio vientre del monstruo. El esfuerzo de organización debe pues incorporarlos, con esa visión que proponemos de un planeta íntegro, de la convivencia regional y de la lucha por un mundo mejor con paz y progreso para todos los pueblos.

Esto nos pone frente a un tipo de organización específica, que debe cumplir con algunos preceptos fundamentales. Debe ser capaz de unir la diversidad del pluralismo político y social progresista del continente; debe ser profundamente democrática y participativa, y debe sobre todo generar acciones, a diferentes escalas y órdenes, junto a las decisiones que produzca.

Considero, en este marco, que la forma ideal de organización es la de una articulación de los movimientos organizados nacionales y/o regionales progresistas y revolucionarios en forma de redes, a través de coordinadoras nacionales y supranacionales de las organizaciones existentes y de nodos de información. Estas coordinadoras deben respetar la estructura y principios de los movimientos y partidos que la integren; deben procurar decisiones de consenso entre la diversidad mediante métodos democráticos de gestión; y deben ser un instrumento eficaz de unidad para el cambio revolucionario del movimiento progresista de su jurisdicción. La envergadura de lo que hoy proponemos, en el contexto de lo que plantea además el enemigo común, exige asumir tal organización con un alto profesionalismo, crear estructuras flexibles pero sólidas y tener una unidad permanente de coordinación general, en la que se vean expresados todos nuestros países y corrientes de pensamiento. Se trata de crear una unidad que coordine y administre las decisiones del Congreso, con eficiencia y eficacia, a la vez que facilite y promueva el intercambio y la acción horizontal entre los diferentes componentes y sectores representados en la organización continental.

Las líneas centrales de acción han sido muy bien condensadas por el presidente Chávez: movilización popular (masa crítica), formación (ideología) e integración (proyecto común).

Creo que hasta ahora hemos empeñado todas nuestras fuerzas en la rígida estrategia de *lo necesario* (la necesidad histórica). Ha llegado la hora de pasar a la estrategia de *lo posible* (la posibilidad en la coyuntura). Obviamente que es un gran reto, porque al abrazar esa estrategia no hay paso atrás, ni para coger impulso. ¡O se triunfa, o se triunfa! ☒

Manuel F. Zárate P. Ingeniero ambientalista panameño, profesor de la Universidad de Panamá, con estudios en la Universidad de Estrasburgo, Francia, y en la Universidad de Lomonosov, Rusia. Ha sido director de la Dirección Nacional de Cultura Popular del Instituto Nacional de Cultura y Subdirector General del mismo, así como presidente de la Cámara Panameña de Empresas Consultoras Ambientales (CAPECA) y miembro del "Consejo Consultivo" de la Fundación de la Ciudad del Saber. Es autor de numerosos estudios en su campo.